

MÉXICO: CONTRA EL ÁBACO DE LO BÁSICO.

AGENDAS DE PAÍS Y DESAFÍOS PARA LA COMUNICACIÓN

Estamos en crisis y emergencias. ¿Y qué hacemos en la universidad? Encerrarnos. Como la sociedad habita los enigmas de los virus, los miedos, lo narco y las migraciones, necesitamos pensamientos interfase que junten en presente a la universidad con la sociedad. En este ensayo se invita a pensar la banalización y espectacularización del riesgo; el narco que desbordó las violencias y está ganando la batalla por asignar sentido social; la identidad joven-migrante que se vuelve inestable y contingente. Para la universidad es fundamental atender y entender estos fenómenos para poder comprender y explicar cómo venimos siendo. La propuesta es que debemos salir a la intemperie y ensayar voces capaces de hacerse cargo de los acontecimientos para abandonar la certeza de los intramuros y contagiar de espíritu crítico a la comunicación pública.

Rossana REGUILLO

Rossana@iteso.mx

Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social; es profesora-investigadora en el Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO, donde coordina el Programa de Investigación. Es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias e Investigadora Nacional, Nivel III. Cuenta con más de diez publicados y más de un centenar de capítulos en libros colectivos y revistas especializadas. Sus líneas de investigación son: culturas juveniles, culturas urbanas, socioantropología de las emociones y movimientos sociales.

Si el mapa se opone al calco es porque está enteramente dirigido hacia una experimentación derivada de la realidad. El mapa no reproduce un inconsciente cerrado sobre sí mismo, lo construye [...] El mapa es abierto, es conectable, en todas sus dimensiones, desmontable, reversible, susceptible de recibir constantemente modificaciones.

Deleuze y Guattari (1994)

A lo largo de los días “extraños” y caóticos que se han ido desgajando con las evidencias de que la sociedad del riesgo global (Beck, 1998), era mucho más que una teoría sociológica, una pregunta me ha parecido especialmente importante, ¿cuál es el papel de la universidad en tiempos de crisis y emergencias? De la que se deriva, otra más acuciante aún, la que se plantea al quehacer cotidiano de la universidad y que la habilita (o no) para estar en condiciones de encarar los desafíos que la complejidad actual supone. Me refiero en concreto al estado de alerta sanitario en México, derivado de la “aparición” del Virus de Influenza Humana A H1N1 (que fue conocida en los primeros días como “Influenza porcina” y luego como Gripe Mexicana), que ha trastocado no solo rutinas y rituales, sino la comprensión y los imaginarios en torno a la contemporaneidad y no solo para los mexicanos.

Es desde ese lugar, desde ese horizonte “empírico”, plagado de enigmas y sorpresas, que intento encarar la tarea de pensar, con mis colegas, la relación entre agendas de país y desafíos para la comunicación; y, no solamente porque escribo desde un México azotado por diversas “epidemias” y colapsos, sino porque me parece que es justamente la interface entre la realidad y el pensamiento que la piensa, lo que contribuye a volver de nuestros ejercicios académicos un espacio de urgente diálogo con la sociedad.

Así que parto de este presente caótico para re-pasar por los asuntos que me parecen decisivos y fundamentales de cara a los “nuevos” desafíos que deben encarar nuestras escuelas y facultades de comunicación en el país (y, en la región) y que intento plantear a través de tres grandes desafíos.

Desafío 1: La banalización y espectacularización del riesgo (tiempos emergentes)

La epidemia de influenza A H1N1, elevada a pandemia por la Organización Mundial de la Salud, a pocos días de hacerse pública su aparición en los últimos días de abril de 2009, ha detonado un conjunto de procesos que, me parece, son importantes para una reflexión de fondo en torno a los “saberes” que se comprometen en tiempos de emergencia y las posibilidades de intervención en un sentido crítico y no activista, de la universidad y en concreto de los estudiosos y estudiantes de la comunicación y la cultura.

El asunto ha colocado nuevamente (al igual que cómo pasó con los atentados terroristas en Estados Unidos en 2001), a los medios de comunicación en el centro del debate. Se trata a todas luces, de una evidencia, de proporciones globales, del poder de construcción de la realidad que estos medios tienen hoy día y del ambiguo resultado de la comunicación en “tiempo real”. Quiero decir con esto que más allá del “efectismo” (o no, eso lo dirá más adelante la evaluación científica que se haga del virus) de las medidas tomadas por el gobierno mexicano, la noticia de una “epidemia de consecuencias *imprevisibles*, para el mundo”, saltó al espacio público global a una velocidad vertiginosa. No hubo espacio para hablar de otra cosa y en los medios latinoamericanos por ejemplo, las notas sobre la epidemia llenaron los *prime time* y ocuparon los titulares, mostrando a un país paralizado y profundamente atemorizado; los grandes medios de comunicación, tanto internacionales como nacionales, encontraron en la “noticia” otra veta nutricia para impulsar el miedo por encima de la información crítica con capacidad de generar procesos de reflexividad¹.

La “opinocracia”, ese nuevo poder formado por un ejército de “periodistas” no profesionalizados devenidos expertos en cualquier tema, tomó inmediatamente el mando y la comunicación derivada de sus tan intrépidos como balbuceantes (científicamente hablando) análisis, no dejaron lugar para la voz experta. Y casi al pie de la letra, se cumplió lo que ya afirmé en otro lugar (Reguillo, 2007²): los expertos fueron desplazados a las notas de pie de página o a la voz en *off*, utilizados como elementos para añadir verosimilitud o dramatismo a los sucesos.

Se volvió evidente que el gobierno no fue capaz de elaborar una estrategia a la altura de las circunstancias, lo que fortaleció la ola de hipótesis complotistas que han plagado el espacio “alternativo” de la comunicación: internet se convirtió en un acelerador de los imaginarios más variados en torno al biopoder², que saltaron rápidamente de las pantallas a la comunicación boca a boca, con un potencial mucho más dañino que el virus A. Sin embargo, es necesario decirlo, también se convirtió en una “trinchera” para combatir “las imágenes de país” que se esbozaron en los medios en horario triple A.

La mezcla (explosiva) de falta de credibilidad –ganada a pulso–, en las autoridades, la ausencia de una estrategia de comunicación de riesgo en momentos de emergencia, aunados a los decibeles empleados por muchos medios de comunicación, especialmente la televisión comercial y, la proliferación de sofisticadas hipótesis

¹ Salvo notables excepciones, como las que menciona García Canclini en su fundamental reflexión “Preguntas culturales respondidas por la epidemia”, disponible en <http://mediosantelainfluencia.wordpress.com/2009/05/05/preguntas-culturales-respondidas-por-la-epidemia/>

² Me refiero a las “teorías” que fueron del complot internacional orquestado por el G7 y las farmacéuticas, hasta un pacto secreto entre los Presidentes Obama y Calderon. Que poco han contribuido a poner en perspectiva, lo sucedido.

interpretativas sobre lo que ha ocurrido, han configurado un espacio público sumamente complejo que no ha abonado al fortalecimiento del tejido democrático y muy por el contrario, azuzó lo más añejo e inconsistente de nuestros miedos. Volveré sobre este tema más adelante.

Considero que las preguntas (y las críticas) frente a estas “derivadas” de la epidemia, son casi obvias. ¿Dónde está la Universidad en estos tiempos de crisis fundamentales? ¿Dónde sus expertos? ¿Dónde su voz crítica y necesaria frente al manejo de una comunicación errática y carente de propuestas imaginativas e inteligentes?

Sucedará, frente a esto que sucede, lo que suele suceder. Habrá, seguramente brillantes y pausados análisis sobre los acontecimientos, con cuadros estadísticos impecables y análisis crítico del discurso; habrá también innumerables tesis de grado y de posgrado sobre el tema, que documenten *a posteriori* el horror de estos días que se han prolongado. Atrincherados en una cierta necesidad de certezas y comprobaciones, terminamos, considero, por llegar tarde. Me interrogo en torno a nuestra capacidad (académica y política) de arriesgar-nos, de salir a campo abierto, a la intemperie y ensayar voces con espíritu “viral”, es decir capaces de contagiar el pensamiento crítico y diseminar a contrapunto, el punteo de otras voces. Como diría Martín Barbero: “poner al país en nuestro calendario cotidiano”³.

No quiero decir con esto, que la universidad y dentro de ella, las escuelas y facultades de comunicación, deba renunciar a la reflexión de largo plazo y de fondo, por el contrario, esa es a mi juicio su naturaleza; lo que quiero colocar como una pregunta urgente, es la posibilidad de mantener en tensión productiva la relación entre el largo plazo y el acontecimiento, como diría Braudel, “es fundamental escuchar el permanente diálogo entre la larga duración y el acontecimiento” (2005).

La “comunicación del riesgo” en estos días, evidenció que la tónica general que impera sigue siendo la espectacularización por un lado y por el otro, la banalización. Ninguna de estas lógicas abona a la construcción de un espacio público

Ello significa un enorme desafío para la universidad. Hacerse cargo de los acontecimientos que irrumpen en la vida de la sociedad, implica asumir desde lo ya acumulado, los saberes y las prácticas, para romper inercias. Muchos buenos análisis y estudios en comunicación han hecho profundas, documentadas y serias críticas a las rutinas periodísticas en el sentido de sus dificultades para salir de sus prácticas reproductoras; me parece que la crítica puede operar en sentido inverso en tanto, a la universidad le cuesta abandonar la certeza de unas prácticas cotidianas intramuros.



³ En su capítulo, en este libro.

Desafío 2: La exterioridad como coartada

Hace algún tiempo, en los diálogos fecundos que suelo tener con los estudiosos de la educación y a partir justamente de la preocupación de los “educólogos” de la irrupción de la violencia en la escuela y en sus aulas, pregunté una cuestión que me sigue pareciendo vigente ¿Qué tanta exterioridad tolera, admite la escuela? ¿qué tanta capacidad tiene la escuela para lidiar con esa “exterioridad”?

En el caso de la universidad, mantener el acontecimiento, lo que irrumpe, como una “referencia”, como un dato y no como una realidad viva y actuante, fortalece el repliegue hacia lo privado, el desinterés e imposibilidad de acumulación histórica.

En el caso mexicano, atravesamos, ya lo dije, por distintos tipos de “epidemias”, una muy grave es la violencia vinculada al narcotráfico, en una escalada creciente que otra vez, las estrategias gubernamentales no logran contener y que por el contrario, parece equivocada.

De qué manera interpelan a la universidad estas violencias, cómo desestabilizar el imaginario instalado en torno a su extrema exterioridad o lejanía.

Para enfrentar estas preguntas, me parece importante hacer breve acercamiento al problema del narco y sus violencias derivadas, un *zoom in*, que luego me permita discutir lo que su impacto significa para las agendas de país.

En primer término, considero que resulta fundamental la relación directa que existe entre el desborde de las violencias y la ausencia de confianza en lo que quisiera llamar la política “grande”, para referirme a la política formal que suele reducirse a su vez a la política electoral; espacio de los partidos, de las instituciones, del gobierno. Una política “grande”, donde queda poco espacio para los ciudadanos y las gramáticas del día a día. Es desde esta interfase, en este espacio intersticial, donde se encuentra una clave de intelección de todos estos procesos.

En ese espacio intersticial, en esa zona gris, emergen formas alternas de legalidad. Un ejemplo de estas formas alternas, es justamente la del narcotráfico en particular y el crimen organizado en lo general. Su poder no estriba sólo en un poder de muerte, sino principalmente en su poder de alterar y quebrar distintos órdenes sociales.

Las “escenificaciones” de este poder (más que escenas aisladas) ratifican el creciente empoderamiento del *narco* en diferentes ámbitos de la vida social. Además de la debilidad y la corrupción de las instituciones del Estado mexicano, sugieren algo mucho más profundo: la compensación de un vacío, de una ausencia y de una crisis de sentido. Dicho de otro modo, a través de estas continuas escenificaciones se hace visible el desgaste de los símbolos del orden instituido, mientras que los actores del *narco* se van mostrando capaces de generar sus propios símbolos. Tales símbolos no se explican desde la mera oposición legalidad-ilegalidad.

En esa zona gris, se generan órdenes paralelos y es lo que estoy tratando de pensar: un tercer espacio analítico que llamo *paralegalidad* (Reguillo, 2007b) y sus efectos en el tejido social. Una paralegalidad que emerge justo en la zona “vacía” que dejan las instituciones tradicionales, el estado, la escuela, principalmente. No es un orden “ilegal” lo que allí se genera, sino un orden paralelo que construye sus propios códigos, normas y rituales. Al ignorar olímpicamente a las instituciones y al contrato social, la paralegalidad se constituye en un desafío mayor que la ilegalidad. Planteado en otros términos creo que la pregunta que abre este tercer espacio, es: ¿quiénes son los actores que en este momento, en esas zonas vaciadas de política social, de institucionalidad democrática, están ofreciéndose o están ofertándose como alternativas viables, agentes de la redistribución de poder y dinero, agentes de la justicia social, con capacidad de regular conflictos?

Y justamente, desde esa pregunta es que me parece posible inscribir lo que considero un desafío/tarea fundamental para la universidad.

Los efectos de un orden social y político que parece agotado o, por decirlo más suavemente, en serios problemas para responder a las distintas crisis por las que atravesamos, se sigue un “vacío”; pero sabemos que el vacío social no existe, por lo tanto otras fuerzas tienden a ocupar el espacio de aquellas que se retiran, se repliegan o están ausentes. En esta lógica, el narco ha ido ganando espacios muy variados, que no se circunscriben a aquellos directamente vinculados a la delincuencia y a la violencia. Es decir, no basta el análisis criminal del fenómeno; es importante sacarlo del “secuestro” por un lado mediático y por el otro criminalístico que no hacen sino obturar nuestra comprensión y, contribuir a la vana ilusión de que “eso” es un asunto o de la nota roja o de policías.

Dos pequeñas “viñetas”, pueden servir para iluminar esa zona de la que hablo. En primer término la proliferación de lo que con sabiduría vernácula, llamamos hoy en México, las “narcomantas”, rudimentarios medios de comunicación utilizados por los narcos tanto para mandar mensajes a la autoridad, como para dejarse “recados” entre ellos. De entre la variedad de estas narcomantas, hay una que llamó poderosamente mi atención, cuya fotografía reproduzco aquí:



“Aparecida” (así lo dicen tanto la prensa como las autoridades: las narcomantas “aparecen”), en un puente en la ciudad de México, puede apreciarse que los Zetas, el brazo armado y feroz del Cártel del Golfo, invita a los militares o ex militares a sumarse a sus fuerzas de choque, además de ofrecer sueldo, comida y atenciones a la familia, el mensaje en un guiño humorístico, hasta se burla del Ejército: nosotros no te damos de comer “sopas Maruchan”.

Es difícil de creer que esto sea cierto y suceda con tanta frecuencia en diversas ciudades del país. En esta narco-normalidad instalada, para los mexicanos todo esto es parte de un paisaje que ya se está haciendo costumbrista.



Estos mensajes que “aparecen” convocando ex militares a sumar su fuerza de trabajo a estos grupos, fortalece la idea que he venido tratando de argumentar: la falla de la “política grande”, su falta de credibilidad, la incapacidad de las instituciones, el resquebrajamiento de la política social, no solo impacta en términos de la democracia formal, sino que tiene amplísimas repercusiones en todos los órdenes de la vida social, con un fuerte impacto, como he podido documentar en mi trabajo de campo con jóvenes (Reguillo, 2008, 2007c), en los imaginarios democráticos de numerosas y numerosos jóvenes en la región.

Y, la otra viñeta que quiero colocar, es la de Osiel Cárdenas, uno de los más importantes capos del país que la cabeza, justamente, del Cártel del Golfo, a quien algunos atribuyen la creación del grupo armado de los Zetas. Cárdenas, está hoy preso en Estados Unidos, extraditado a una prisión de alta seguridad. Pero durante su etapa más activa, fue evidente su total desafío a las autoridades y, de manera mucho más importante, para el tema que aquí nos ocupa, el vínculo estrecho con su comunidad, con los pueblos y ciudades cercanas a sus dominios.

En abril de 2004 y tras torrenciales lluvias la ciudad de Piedras Negras, en el estado de Coahuila, quedó devastada por inundaciones y con sus accesos prácticamente bloqueados. Una madrugada de esos primeros días de desesperación, el párroco Carlos Aguilera de la capilla del Sagrado Corazón en una de las colonias que había sido

la más afectada, Villa de Fuente, escuchó llamar a su puerta. Afuera, un tráiler con dos toneladas de víveres y otros enseres de primera necesidad, esperaba las instrucciones del sacerdote y ayuda para descargar el tráiler. Al finalizar la operación, el chofer entregó una tarjeta que decía “Con los atentos saludos de Osiel Cárdenas Guillén”. No era la primera vez que Cárdenas mandaba este tipo de ayudas, aún durante su estancia en la prisión mexicana, pero sí era la primera vez que se volvía evidente que el narco estaba llegando más rápido que el Estado y la primera en que la noticia de la mano y rostro generoso de los narcos, saltaba de los planos locales al escenario nacional.

Desde estos territorios empíricos, cobra importancia central interrogarse en torno al papel de la universidad, de las escuelas y centros de formación e investigación en comunicación. Cuál es la coartada a la que puede aludirse para desestimar la gravedad del problema y cuál la comprensión que se tiene de los “oficios” de la comunicación para pensar tranquilizadamente que se trata de temas que no competen a nuestros quehaceres. Las respuestas son muchas y de distinto calibre.

Me interesa aquí marcar algunos asuntos para detonar un debate y una reflexión.

La universidad no puede darse el lujo de expulsar los demonios de la violencia y sus efectos en el cuerpo social, de su propio cuerpo. Ella, la universidad, está inmersa en un entramado cada vez más complejo y ya bien sea por su propia sobrevivencia debe tener una palabra crítica y un espacio de acción no solo para denunciar el juego de vacíos-ocupaciones del espacio público.

Frente al empoderamiento cultural (repito que no es solo criminal y económico) del crimen organizado, la universidad se ve desafiada para hacerse cargo, no normativamente, de lo que esto está implicando para numerosos sectores que no ven alternativas ni económicas, ni de sentido, en el orden vigente pero colapsado. Combatir desde el pensamiento crítico, imaginativo, “viral”, capaz de moverse en muchos espacios y concretarse en muchas lógicas y lenguajes, es, a mi juicio, una tarea urgente para arrebatar territorios a la violencia.

Introducir en las clases de “historia nacional”, un módulo intensivo en torno a los principales cárteles, su distribución territorial, sus modos de operación (material y comunicativa), en una especie de “geopolítica de lo paralelo”, podría detonar un saber crítico y eficaz. Frente al desgaste de los programas de estudio, empeñados en aferrarse al ábaco de lo básico, me pregunto, con Bourdieu (1997), de qué tanta eficacia política son portadores los saberes actuales, por ejemplo, de un comunicador.

Indudablemente, frente a estos asuntos, caben muchas respuestas y posibilidades, lo que me parece fundamental es encararlos.

Desafío 3: inestabilidad y contingencia

Qué universidad es posible, cuando la inequidad, la injusticia, la exclusión y, en muchos casos la desesperanza son experiencia cotidiana. Esta pregunta, a mi juicio,

debe ser calibrada desde los contextos de los proyectos sociopolíticos y los modelos económicos que en el país, hoy se intersectan con la vida cotidiana, la subjetividad, las emociones que orientan el accionar colectivo. La universidad está inmersa en un horizonte que habla de un imaginario social al que parece faltarle proyecto colectivo, en una sociedad atemorizada por las señales constantes de la ruptura del orden conocido y el declive acelerado de las instituciones, perseguida por la pobreza y la ausencia de un orden inteligible.

Qué universidad es posible en este país, en este México, atezado por el temor constante a la crisis económica que se traduce en lo cotidiano a ser borrado de las “listas” (de empleo, de la escuela, de la seguridad social); por el temor a una inseguridad creciente, a veces, difusa, a veces, contundente, por el miedo que transmitido en horario *triple A*, abandera la razón privada y levanta un cotidiano apocalipsis para ratificar la desazón. Qué universidad es necesario imaginar, cuando la esperanza se coloca en figuras supraterrrenales, en oraciones a la Santa Muerte o, se deposita, con el aliento contenido y una temblorosa confianza en los “hombres” (porque hay mujeres) fuertes, que se erigen en portavoces de la solución final: sangre y fuego para “blindar” al país.

Desde distintos enfoques, tres sociólogos europeos han señalado que una de las consecuencias perversas del tardo capitalismo en lo que toca a la constitución subjetiva de las identidades contemporáneas, es la llamada “inadecuación biográfica del yo”. Me refiero a Bauman (2001), a Beck (1998) y a Giddens (1995). Esta “inadecuación biográfica” por utilizar la formulación de Bauman, refiere a una autopercepción del sujeto de que es responsable de manera individual y a partir de sus propias decisiones de su condición de vida, es él o ella, la que resulta inadecuado o inadecuada para el orden social; ello, significa en palabras del autor que “apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo, ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura y el desprecio de uno mismo o incluso a recanalizarla hacia la violencia y la tortura contra el propio cuerpo” (Bauman, 2001;16).

Las repercusiones empíricas de esta formulación teórica, se vuelven cada día más evidentes en los territorios nacionales. La “inadecuación del yo”, es decir la insuficiencia biográfica, la narrativa precarizada de la propia vida, la sensación de ser culpable de algo inaprensible aplica de manera nítida a las expresiones y testimonios de muchos jóvenes (y menos jóvenes) que la viven como experiencia cotidiana. Experiencia o percepción que está atada sin duda a la posición estructural de los actores en la sociedad.

En el caso mexicano, muchos ejemplos iluminan este drama, un drama que parafraseando a Beck (1998), podría denominarse “la solución biográfica a las contradicciones sistémicas”.

Pensemos por ejemplo en el caso de la migración. Frente a la precarización creciente tanto económica como vital⁴, frente a la carencia objetiva de oportunidades, frente al deterioro de la seguridad social, miles de jóvenes “deciden” migrar como una solución “individual”, que se organiza con recursos propios (los de las redes primarias, a las que ya aludí), que se asume como riesgo inevitable, que se vislumbra como un destino “natural” en el contexto de la propia biografía. Lo sistémico, es decir, la articulación de procesos, políticas, instituciones, dispositivos se invisibiliza, no hay “interlocutor” visible o agente responsable de la situación, a lo sumo aparecen atisbos de referencias formales: “porque ya era imposible vivir allá, desde que cerró la azucarera, nos jodimos todos”, “porque todos los hombres de mi familia se fueron p’al otro lado y ya me tocaba a mí”, “pos porque ya no podía seguir estudiando, mi jefe (papá) se quedó sin jale (trabajo) y yo no pude encontrar trabajo y eso que acabalé (terminé) la secundaria”⁵. Los testimonios se multiplican, marcando con nitidez que es el sujeto joven el que se (auto) considera responsable de “inventar” (hacer venir) una solución personal (la migración) a las condiciones objetivas (de pobreza o exclusión).

La perspectiva sociológica de la “inadecuación del yo”, encuentra, en el caso mexicano, su ángulo analítico en lo que he venido llamando la “desapropiación del yo”, concepto que pude elaborar a partir de las múltiples entrevistas y etnografías que he realizado entre el 2004 y el presente, a jóvenes centroamericanos y mexicanos en situación carcelaria, en conflicto con la ley y, especialmente, vinculados a procesos migratorios (Reguillo, 2008).

Por *desapropiación* aludo a la subjetividad juvenil en continua tensión por constituirse. La inestabilidad en el contexto, en las condiciones, arrancan a los jóvenes la certeza de que su “yo” hubiera sido el mismo de no haberse presentado la situación que los lleva brincando hacia adelante: ellos y ellas son definidos por la “situación” (el encuentro con la migra, la negociación con algún narcotraficante, la pelea a muerte con otro joven, la participación en una acción delictiva), lo que genera pérdida de control sobre el curso de vida y deviene biografías atrapadas por la contingencia. En el caso concreto de las y los jóvenes migrantes, la biografía se constituye en una historia compleja de *desapropiaciones*, historias en las que la realidad, los contextos, se imponen como condición tan inestable como tiránica, tan imprevisible como angustiosa, lo que deja poco o ningún margen para la agencia y por consiguiente

⁴ Por precarización vital o subjetiva me refiero a las enormes dificultades que experimentan muchos jóvenes para construir su biografía, lo que se vincula a la acelerada des-institucionalización y desafiliación, vale decir, a la corrosión en las dinámicas e instituciones que durante la modernidad han operado como espacios de acceso e inclusión sociales.

⁵ Fragmentos de entrevistas a jóvenes en situación migratoria que provienen de mi trabajo de campo en proceso, “Gramáticas de la violencia en la migración juvenil: precarización, desencanto, paralegalidad”.

para una acción (o, mejor, práctica) sustentada en la anticipación de “posibilidades” y especialmente anula o disminuye el peso de los “capitales” de los que un joven se siente portador o poseedor.

Frente a esta precariedad que deviene de la contingencia, es decir de una mínima posibilidad de certezas en torno al futuro, se derivan preguntas acuciantes. Hasta donde he podido profundizar el tema, me parece que no se trata solamente de un tema de investigación, de un asunto para ser discutido en ponencias y congresos, sino de algo vivo que afecta –de diversas maneras–, la experiencia subjetiva de muchos de nuestros jóvenes. Si he enfatizado en la situación migratoria, es porque es el territorio en el que me he movido en los últimos tiempos, pero, esta desapropiación en sus articulaciones con la contingencia, parece pegar con intensidades diferenciales en todos los mundos juveniles.

Si como he logrado documentar, son tres las principales fuentes de certeza y sentido, para numerosos jóvenes en situación de precariedad (el mundo mágico/religioso, el mercado y sus dobles (Reguillo, en prensa), el narco y sus mundos paralegales, me pregunto, dos cuestiones: en primer término, cuál es la responsabilidad de la universidad frente a esta situación y de qué manera, la migración acelerada en el país, la contingencia como experiencia cotidiana, y la responsabilidad asumida como asunto individual, obligan a cuestionar los supuestos con los que se trabaja en el día a día y a elaborar un discurso/acción capaz de trascender el “preciosismo” académico.

Y, en segundo término, me parece que este “frente” coloca varios desafíos. En tanto, afirmo la desapropiación tiene rostros distintos, considero que es fundamental atender y entender, cuáles son los efectos de la crisis y el colapso de las instituciones en las biografías de “los nuestros”. Pienso en este sentido que “facebook”, “twitter”, “second life” y otra larga lista de opciones comunicativas, no pueden ser entendidas solo desde la lógica tecnológica de las opciones, sino que es cada vez más urgente, entender estos espacios, como procesos de autogestión del yo, que por un lado, acusan una extremada autonomía y creatividad, pero del otro, una pregunta desnuda: el borramiento de la institucionalidad universitaria (formal), que no cabe en estos lenguajes y estas lógicas.

Hace mucho tiempo planté que la migración contemporánea tenía muchos rostros, que había múltiples modos en que ella se convertía no solo en artificio de la huida, sino de la invención; migración geográfica, política, religiosa, sexual, cultural, en un “ir hacia”, en una búsqueda de territorios más amables y especialmente, más inteligibles y más densamente cargados de sentido.

¿Cuál es la respuesta universitaria a estos “migrantes” contemporáneos? los inevitables, los electivos, los hastiados, los exploradores, los buscadores, los creadores. Hay mundos que emergen a espaldas de la universidad y sus oficios. Cómo volver la mirada sobre aquello que consideramos, más veces de las imaginadas, contingente, banal, minoritario o absurdo.

Coda

No es fácil imaginar la relación entre el país imaginado, el real, el mediático, el cotidiano diferencial y las tareas que competen a la universidad, factoría de las posibilidades futuras, bodega activa de lo que ha sido, taller de lo contemporáneo.

En torno a las agendas de país que imagino desde México, los desafíos universitarios, son cada vez, más claramente, más políticamente un rizoma: no un calco, sino un mapa vivo; no un lugar de comunicaciones cerradas, sino justamente, como imaginaron Deleuze y Guattari (1994): “el rizoma conecta un punto cualquiera con otro punto cualquiera [...] y pone en juego regímenes de signos muy diferentes”.

Quizás el mayor desafío de las universidades hoy, para estar a la altura de las agendas fracturadas –pero siempre posibles–, de este país, sea justamente, el de asumir una identidad rizomática, para estar a la altura de conectar puntos equidistantes (geográfica y simbólicamente) y de volver evidente los regímenes de signos en juego, para ser capaz de producir una obertura con vocación de reducir el desencuentro entre los múltiples fragmentos que habitan el mapa de lo que somos, que jamás puede ser un calco, sino siempre un dispositivo vivo, desmontable y modificable.

Referencias bibliográficas

- BAUMAN, Zygmunt (2001): *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra
- BECK, Ulrich (1998): Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BOURDIEU, Pierre (1997): *Capital cultural, escuela y espacio social*. México. Siglo XXI.
- BRAUDEL, Fernand (2005): *Las ambiciones de la historia*. Madrid: Crítica
- CHARTIER, Roger (2008): *Escuchar a los muertos con los ojos*. Katz: Buenos Aires.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATARRI (1994): *Rizoma. Introducción*. México: Ediciones Coyoacán.
- GARCIA CANCLINI, Néstor (1991): “El consumo sirve para pensar”, en *Diálogos de la Comunicación* No. 30. Lima: FELAFACS
- GIDDENS, Anthony (1995): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Península: Barcelona.
- MONSIVAIS, Carlos (2005): “Tú, joven, finge que crees en mis ofrecimientos, y yo, Estado, fingiré que algo te ofrezco”, en *Nueva Sociedad* No. 200, nov-dic. Caracas. Pp. 127-140
- REGUILLO, Rossana (2008): “Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el desencanto”. En *Pensamiento Iberoamericano*. Número 3, 2ª época. (*Inclusión y ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica*.) Fundación Carolina, Madrid, 2008.
- (2007c): *Legitimidad(es) Divergentes. En Jóvenes Mexicanos: membresía, formalidad, legitimidad, legalidad*. Encuesta Nacional de Juventud 2005. Tomo I. IMJ / SEP, México.

----(2007b): "La in-visibilidad resguardada: violencias y gestión de la paralegalidad en la era del colapso". En *Revista de Crítica Cultural* No. 36. Santiago de Chile.

----(2007a): *Formas del saber. Narrativas y poderes diferenciales en el paisaje neoliberal*. En Alejandro GRIMSON (comp) *Cultura y neoliberalismo*. Buenos Aires: CLACSO. pp. 91-110.

----(en prensa): *La condición juvenil en el México contemporáneo: Biografías, incertidumbres y lugares*. En R. Reguillo (coordinadora), *La situación de los jóvenes en México*. Biblioteca Mexicana (Dirigida por Enrique Flores Cano). México: CONACULTA/FCE.

---- (2006): *Los miedos contemporáneos. Sus laberintos, sus miedos, sus conjuros*. En José Miguel PEREIRA y Mirla VILLADIEGO (eds) *Entre miedos y goces ciudadanos. Comunicación, vida pública y ciudadanías*. Bogotá: Editorial Universidad Javeriana. Bogotá.